El hombre y su tiempo

Isaac Deutscher

Trotsky

"NO SÓLO DE POLÍTICA VIVE EL HOMBRE"

Ediciones MASAS

La Paz - Bolivia

2025

"NO SÓLO DE POLÍTICA ...."

"No sólo de política vive el hombre..fue el título que Trotsky le dio a un breve ensayo suyo que apareció en Pravda en el verano de 1923. Menos que nadie podía él vivir sólo de política. Aun en los momentos más vitales de la lucha por el poder sus actividades literarias y culturales absorbieron una gran parte de sus energías: y esas actividades lo ocuparon más aún cuando salió del Comisariado de la Guerra y la controversia en el seno del Partido se aplacó durante algún tiempo. No es que Trotsky tratara de escapar de la política. Su interés en la literatura, el arte y la educación siguió siendo político en un sentido más amplio. Pero Trotsky se negaba a detenerse en la superficie de los asuntos públicos. Convirtió la lucha por el poder en una lucha por el "alma" de la revolución; y al hacerlo le dio nuevas dimensiones y nueva profundidad al conflicto en que estaba enfrascado.

La intensidad con que se dedicó al trabajo literario durante los choques más decisivos en el Politburó puede juzgarse a base de los siguientes hechos escasos. En el verano de 1922, cuando se negó a aceptar el puesto de vice-Primer Ministro bajo Lenin y, dando lugar a la censura riel Politburó, se tomó unas vacaciones, dedicó la mejor parte de su descanso a la crítica literaria. La Editorial del Estado había recogido sus ensayos prerrevolucionarios sobre literatura para publicarlos en un volumen especial de sus Obras, y él concibió el propósito de escribir un prefacio que examinara la situación de las letras rusas desde la revolución. El "prefacio" fue creciendo hasta convertirse en una obra independiente. Trotsky le dedicó todo su tiempo libre, pero no llegó a concluirlo. Reanudó la redacción durante sus siguientes vacaciones de verano, en 1923, cuando su conflicto con los triunviros, complicado por las expectativas de una revolución en Alemania, se acercaba a su culminación; y esta vez regresó a Moscú con el manuscrito de un nuevo libro, Literatura y Revolución. listo para la imprenta.

En el transcurso del verano siguiente escribió una serie de artículos sobre las costumbres y la moralidad de la Rusia posrevolucionaria, que posteriormente fueron recogidos en Problemas de la vida cotidiana. Los temas que trató fueron: la vida familiar bajo el nuevo régimen; la burocracia "esclarecida y no esclarecida"; "urbanidad y cortesía"; "el vodka, la Iglesia y el cine": "las blasfemias en el idioma ruso", etc. Habló en muchas asambleas de educadores, bibliotecarios, agitadores, periodistas y "corresponsales obreros", y en sus discursos se refirió al prosaísmo, el descuido y la falta de vitalidad a que había descendido la prensa, e insistió en la necesidad de restaurar la pureza y el vigor de la lengua rusa, plagada ahora de jerga partidaria y lugares comunes. Durante el mismo verano y el otoño siguiente trató temas tan diversos como un análisis comparativo de los ciclos económicos en los siglos XIX y XX (sobre los cuales publicó un breve pero sustancioso tratado en

el Vestnik (El Mensajero} de la Academia Socialista) y la controversia entre dos escuelas de psicología: la de Pávlov y la de Freud. Trotsky estaba familiarizado hacía tiempo con la teoría de Freud, y estudió los trabajos de Pávlov a fin de prepararse para intervenir en la controversia con un alegato en favor de la libertad de investigación y de la tolerancia frente a la escuela freudiana. En 1924 también escribió y publicó en forma de libro los esbozos biográficos de Lenin en ios que, al presentar al fundador del bolchevismo en toda su dimensión humana, hizo implícitamente su crítica del "icono" oficial de Lenin y del incipiente culto leninista.

En estos escritos trató de golpear la raíz y no tan sólo los síntomas de los males que asediaban a la revolución: el atraso espiritual de la Madre Rusia, que no era menos importante que su pobreza económica. Expresó que la necesidad de la "acumulación primitiva cultural" era cuando menos tan urgente como la necesidad de la acumulación industrial. Describió el terreno en que empezaba a crecer el stalinismo, y trató de cambiar el clima en el que habría de florecer. De ahí la importancia que atribuía a las costumbres y a la moralidad y a los "pequeños asuntos" de la vida cotidiana, mostrando cómo afectaban éstos a los asuntos del Estado. Su tratamiento de tales temas queda ejemplificado insuperablemente por lo que escribió acerca de los hábitos blasfemos peculiarmente nisos:

El lenguaje insultante y las blasfemias son un legado de la esclavitud, la humillación y la falta de respeto a la dignidad del hombre, a la dignidad propia y a la de los demás... Me gustaría que nuestros filólogos, lingüistas y folkloristas me dijeran si conocen en cualquier otro idioma términos tan disolutos, viscosos y bajos como los que tenemos en ruso. Hasta donde yo sé, nada o casi nada parecido existe fuera de nuestro país. El lenguaje blasfemo en nuestras clases socialmente inferiores era el resultado de la desesperación, la amargura y, sobre todo, de la esclavitud sin esperanza ni evasión. El lenguaje blasfemo de nuestras clases altas, el lenguaje que salía de las gargantas de la aristocracia y de los funcionarios, era el resultado del régimen clasista, del orgullo de los propietarios de esclavos y del poder inconmovible... Dos corrientes de procacidad rusa -el lenguaje blasfemo de los amos, los funcionarios y los policías, grueso y rotundo: y el lenguaje blasfemo, hambriento, desesperado y atormentado de las masas- han teñido toda la vida rusa con matices despreciables...

La revolución, sin embargo, es primordialmente el despertar de la personalidad humana en las masas, en esas masas que supuestamente no seían ninguna personalidad. Pese a la crueldad ocasional y a la sanguinaria inexorabilidad de sus métodos, la revolución... se caracteriza por el creciente respeto a la dignidad del individuo y por una atención cada vez mayor a los débiles. Una revolución no es digna de llamarse tal si no ayuda, con todo su poderío y con todos los medios a su alcance, a la mujer, doble y triplemente esclavizada en el pasado, a ponerse en el

camino del progreso individual y social. Una revolución no es digna de llamarse tal si no prodiga el mayor cuidado posible a los niños... en cuyo beneficio se ha hecho. Pero, ¿cómo puede uno crear una nueva vida basada en la consideración mutua, en el respeto a sí mismo, en la verdadera igualdad de las mujeres..., en el eficaz cuidado de los niños, en medio de una atmósfera envenenada por el rugiente fragoroso y resonante lenguaje blasfemo de los amos y los esclavos, ese lenguaje que no perdona a nadie y que no se detiene ante nada? La lucha contra el "lenguaje procaz" es un requisito esencial de la higiene mental, de la misma manera que la lucha contra la suciedad y las sabandijas es un requisito de la higiene física...

Los hábitos psicológicos, que pasan de generación en generación y saturan todo el clima de la vida, son sumamente tenaces... ¿Con cuánta frecuencia nos lanzamos en Rusia impetuosamente hacia adelante, agotamos nuestras fuerzas y después dejamos que las cosas sigan a la deriva como antaño?... Esto es cierto no sólo de las masas incivilizadas, sino también de los llamados elementos avanzados y responsables en nuestro régimen social actual. Es innegable que las viejas formas prerrevolucionarias de lenguaje procaz siguen todavía en uso. seis años después de Octubre, y que incluso están de moda en los círculos "de arriba"... Nuestra vida está formada por los contrastes más notables.

En esta lucha contra las tradiciones persistentes y resurgentes de un modo de vida que había tenido sus raíces en la servidumbre, Trotskv habría de sufrir una derrota tan cruel como la que sufrió en el terreno político. Pero mostró una profunda comprensión histórica de la naturaleza de la fuerzas que habrían de abrumarlo. Las "dos corrientes de la procacidad rusa" habrían de fundirse en el stalinismo y de imponerle sus "matices despreciables" a la propia revolución. Quince años después, durante las grandes purgas, las dos corrientes se convirtieron en una marejada: entonces fue posible que un Fiscal General se dirigiera a los reos, hombres que habían ocupado las más altas posiciones en el Estado y en el Partido, en términos tales como "¡Tú, hijo de un toro y un puerco!", y que los más altos magistrados remataran sus obsesivas peroratas con el grito de: "¡ Maten a los perros rabiosos!" La procacidad se desbordó de los tribunales a las fábricas, las granjas, las redacciones y las aulas universitarias, y durante varios años su estruendo ensordeció a toda Rusia. Fue como si varios siglos de blasfemias se hubiesen condensado en un solo momento, cobrado vida en el stalinismo y estallado sobre el mundo.

La Revolución de Octubre había dado nuevos impulsos a la vida cultural, pero también la había trastornado completamente y había creado enormes dificultades. Éste habría sido el efecto de cualquier revolución,, aun en las circunstancias más favorables y aún contando con el apoyo de los elementos cultos de la nación. El efecto se agravó inmensamente cuando la principal fuerza motriz de la revolución fue una clase oprimida, desleída y neccseriamente inculta. Cierto es que los

dirigentes bolcheviques eran hombres de la intelectualidad y que algunos de ellos poseían una amplia y profunda educación. Pero eran tan sólo un puñado. Los "cuadros" eran en su mayoría obreros semicultos y personas también semicultas de extracción pequeñoburguesa. El Partido los había adiestrado en la política, en la organización y algunas veces en la filosofía general del marxismo. Pero con excesiva frecuencia su enfoque de los asuntos culturales demostraba que un poco de (cultura) puede ser peor que la ignorancia completa.

La mayoría de la intelectualidad había recibido a la Revolución de Octubre con hostilidad. Algunos de sus miembros perecieron en la guerra civil. Muchos emigraron. De los que sobrevivieron y permanecieron en Rusia, muchos sirvieron al nuevo régimen como "especialistas". Incluso unos pocos se ligaron con entusiasmo a la revolución e hicieron todo lo posible por elevar culturalmente a la nación. Pero muchos de los intelectuales eran, o demasiado rígidos en sus hábitos mentales conservadores o bien demasiado pusilánimes o demasiado mediocres y seniles para que pudieran ejercer una influencia intelectual considerable y fructífera. Se sentían ofendidos cuando se les ponía bajo las órdenes de comisarios autodidactos o semicultos. Por otra parte, los comisarios a menudo carecían de confianza en sí mismos, eran suspicaces y se inclinaban a disfrazar su inseguridad interior con la jactancia y la fanfarronada. También estaban fanáticamente convencidos de la justicia de su causa y de que habían hallado en el marxismo -en el cual, necesariamente, también estaban sólo instruidos a medias- la clave para resolver todos los problemas de la sociedad, incluidos los de la ciencia y el arte. Tanto más. por consiguiente, se aferró la intelectualidad a sus prejuicios característicos y a la altanera convicción de que el marxismo no podía enseñarles nada, de que la Weltanschauung de éste era un mero "fárrago de medias verdades a medio elaborar". Así se creó un abismo insalvable entre ellos y los nuevos grupos gobernantes.

Trotsky, como Lenin, Bujarin, Lunacharsky, Krasin y otros pocos, hizo todo lo posible por tender un puente sobre el abismo. Exhortó a los comisarios y a los secretarios del Partido a que trataran a los intelectuales con consideración y respeto; e instó a los intelectuales a mostrar una mayor comprensión de las necesidades de la época y del marxismo. Estas exhortaciones surtieron su efecto, pero el abismo, si bien reducido, no desapareció. A continuación empezó a ensancharse nuevamente. A medida que la jerarquía del Partido empezó a liberarse de todas las formas de control público y a acostumbrarse al gobierno arbitrario, se inclinó más y más a imponerles sus dictados al científico, al hombre de letras y al artista. También empezó a desarrollar sus propias ambiciones y a estimular las aspiraciones "culturales" que halagaban su vanidad de parvenú y parecían, sin embargo, tener los méritos de la innovación revolucionaria. Así se acuñaron las consignas de la "cultura proletaria", el "arte proletario" y la "literatura proletaria", que pronto

adquirieron el mismo género de popularidad de que había gozado anteriormente en el ejército la "doctrina estratégica proletaria".

Trotsky se consideró obligado a frenar la intolerancia y a poner de manifiesto la futilidad de las consignas sobre la cultura y el arte proletarios. La tarea no era fácil. La idea de una cultura proletaria resultaba atractiva para algunos intelectuales bolcheviques y para los obreros jóvenes en los que la revolución había despertado el anhelo de lograr acceso a la educación, pero en los cuales había liberado también instintos iconoclastas. En el trasfondo se hallaba la anárquica hostilidad de los campesinos contra todo lo que había estado vinculado con el modo de vida de la aristocracia, incluidos sus "valores culturales". (Cuando el muzhik incendiaba la mansión de su terrateniente, dejaba a menudo que la biblioteca y las pinturas fueran pasto de las llamas porque sólo veía en ellas una parte de las propiedades del terrateniente.) Los bolcheviques teorizantes racionalizaron esta actitud iconoclasta presentándola como un rechazo seudomarxista de la vieja "cultura de clases" que debía ser eliminada. El Prolelkult proclamó el advenimiento de la ciencia y el arte proletarios. Los doctrinarios de este grupo de escritores y artistas argumentaban con cierta plausibilidad que, así como había habido épocas feudales y burguesas en la historia de la civilización, la dictadura proletaria debía inaugurar una cultura propia, imbuida de conciencia de clase marxista, de internacionalismo militante, materialismo, ateísmo, etc., etc. Algunos sostenían que el marxismo constituía ya por sí mismo esa nueva cultura. Los exponentes y los partidarios de tales concepciones se esforzaron por obtener el apoyo del Partido e incluso por hacer de dichas ideas los principios orientadores de la política educativa.

Tanto Lenin como Trotsky repudiaron la teoría del Proletkult. Lenin, sin embargo, se limitó a unas cuantas declaraciones breves y tajantes y le dejó el campo a Trotsky. a cuyos intereses correspondía mejor la discusión del problema. Más adelante veremos cómo libró Trotsky la lucha contra el Proletkult. Las pretensiones del Proletkult, sin embargo, eran tan solo la expresión más extrema de una inclinación ampliamente difundida más allá de los círculos del Proletkult, especialmente entre los activistas del Partido que tenían a su cargo los asuntos educativos y culturales: una inclinación a resolver tales asuntos por decreto, a dictar la línea y a intimidar a quienes eran demasiado cultos, demasiado inteligentes o demasiado independientes para obedecer. Fue esta actitud, de la cual habría de derivarse la política cultural del stalinismo, la que Trotsky trató infatigablemente de vencer: "El Estado es una organización compulsiva", dijo en un discuro a los educadores, "y en consecuencia los marxistas en los puestos de mando pueden sentirse tentados a desempeñar incluso su labor cultural y educativa entre las masas trabajadoras de acuerdo con el principio de: 'He aquí la verdad que os ha sido revelada: arrodillaos ante ella.' Nuestro gobierno, por supuesto es un gobierno riguroso. El Estado obrero tiene el

derecho y el deber de aplicar la compulsión. Usamos la fuerza despiadada contra los enemigos de la clase obrera. Pero en la educación de la clase obrera, el método de 'aquí*está-la-verdad-poneos-de- rodillas'... contradice la esencia misma del marxismo".

Tales exhortaciones y advertencias llenan muchas páginas en La cultura de un periodo de transición, volumen XXI de las Obras de Trotsky. Los decretos dirigidos a los científicos y las prohibiciones de sus teorías "no pueden acarrearnos más que perjuicio y vergüenza", insistió Trotsky, prefigurando el perjuicio y la vergüenza de los pronunciamientos de Sta- lin sobre las herejías lingüísticas y biológicas, por no mencionar las sociológicas. Conviene añadir que Trotsky no razonó en esta forma sólo después de haber sido obligado a pasar a la oposición. Ya en enero de 1919 había escrito, por ejemplo:

Nuestro partido... nunca fue y nunca podrá convertirse en un adulador de la clase obrera... La conquista del poder no transforma por sí misma a la clase obrera ni la dota de todas las virtudes: sólo abre ante ella la oportunidad de aprender, de desarrollar su mente y de superar sus deficiencias. Por medio de un intenso esfuerzo los grupos dirigentes de la clase obrera rusa han llevado a cabo una labor de gigantesca significación histórica. Pero aun en esos grupos hay todavía mucho conocimiento a medias y mucha semicompetencia.

Con este conocimiento a medias y con esta semicompctcncia se tralxS Trotsky en combate una y otra vez. Lenin, al introducir la NEP, les dijo a los bolcheviques que tenían que "aprender a comerciar". No era menos importante, añadió Trotsky, que "aprendieran a aprender".

Era pernicioso, reiteró, abordar el "legado cultural" del pasado con menosprecio nihilista. La clase obrera tenía que tomar pose ión de ese legado y preservarlo. El marxista no debía aceptarlo indiscriminadamente en su totalidad; debía considerar el legado cultural dialécticamente y advertir sus contradicciones históricamente creadas. Las conquistas de la civilización habían servido hasta entonces a un doble propósito: habían ayudado al hombre a obtener conocimientos y dominio sobre la naturaleza y a desarrollar sus propias capacidades; pero también habían servido para perpetuar la división de la sociedad en clases y la explotación del hombre por el hombre. En consecuencia, algunos elementos del legado tenían significación y validez universales, mientras que otros estaban vinculados a sistemas sociales caducos o en vías de caducar. El enfoque comunista del legado cultural debía ser, por lo tanto, selectivo. Por regla general, el cuerpo principal del pensamiento estrictamente científico del pasado ha bía sido poco deformado relativamente, por el hecho de haberse desarrollado en una sociedad clasista. Era en la creación ideológica, especialmente en las nociones sobre la sociedad misma, donde la dominación del hombre por el hombre se reflejaba de manera más directa. Pero aún

allí los elementos que reflejaban la opresión clasista y servían para perpetuarla se hallaban ligados íntimamente con otros elementos a través de los cuales el hombre llegaba a conocerse a sí mismo, perfeccionaba su mente, ampliaba su inteligencia, adquiría comprensión de sus emociones, aprendía a dominarse a sí mismo y, por ende, superaba en cierta med da las limitaciones de sus circunstancias sociales. A eso se debía que obras de arte creadas hacía cientos y hasta miles de años siguieran fascinando al hombre moderno y haciendo vibrar una cuerda en él, incluso mientras estaba empeñado en hacer la revolución proletaria o en construir el socialismo. Sin duda alguna, el constructor del socialismo debía revisar críticamente, utilizando los criterios del materialismo dialéctico, todos los valores heredados; pero esto no tenía nada que ver con el rechazo terminante o la charlatanería seudomarxista. Antes de que los valore culturales del pasado pudieran ser sometidos a la crítica, debían ser asimilados cabalmente; y antes de que el marxista se decidiera a revisar desde su punto de vista cualquier campo del conocimiento, debía dominarlo primero "desde adentro".

Dirigiéndose a la antigua intelectualidad, Trotsky razonaba desde el punto de vista opuesto: trataba de persuadirla de que no podía vivir sólo del legado cultural y de que debía reeducarse y hallar su lugar en la sociedad soviética. Le preocupaba en particular la posición de los científicos y los tecnólogos, ante quienes disertó una y otra vez sobre la relación entre el marxismo y la ciencia. Su propio interés en el tema recibió un estímulo cuando, después de su salida del Comisariado de la Guerra, fue nombrado jefe de la Comisión de Desarrollo Electrotécnico y del Comité de Industria y Tecnología. Un nuevo campo de estudio se abrió ante él, un campo que lo había atraído en su primera juventud y que después había abandonado en favor de la actividad revolucionaria. Ahora se convirtió en "mitad administrador y mitad estudiante". "Los que más me interesaban", escribe, "eran los institutos científico-técnicos, que habían cobrado gran desarrollo en los Soviets, gracias al régimen de centralización de la industria. Me dediqué a visitar todos los laboratorios que pude, a asistir con la mayor atención a los experimentos, a escuchar las explicaciones de los mejores especialistas, y, en las horas libres, me puse a estudiar libros de química e hidrodinámica..." Estos intereses se hallan vigorosamente reflejados en su escritos de los años 1925 y 1926. Al mismo tiempo qdc aprendía de los científicos, les servía de tutor en la sociología y en la filosofía marxista de la ciencia. Probablemente fue influido por la Dialéctica de la naturaleza de Engels, cuyas primeras ediciones alemana y rusa aparecieron en Moscú en 1925. Trotsky no hace ninguna referencia explícita a esa obra, pero es improbable que no la haya leído; y en algunos puntos sigue de cerca la línea de pensamiento de Engels.

Cuando menos tres de sus incursiones en la filosofía de la ciencia merecen ser mencionadas aquí: una disertación sobre Mendeléyev, pronunciada en el Congreso

Pan-Ruso de Científicos en septiembre de 1925, en ocasión de un aniversario del gran químico; una conferencia sobre "Cultura y Socialismo", dictada en el Club de la Plaza Roja en febrero de 1926: y un discurso sobre "Radio, Ciencia, Tecnología y Sociedad" en el Congreso para la difusión del radio celebrado en marzo del mismo año.

En Trotsky no había ningún rasgo del filósofo profesional. Nunca buceó en las profundidades de la gnoseología, como lo hizo Lenin en Empiriocriticismo y Materialismo. No intentó ninguna exposición sistemática de los principios de la dialéctica; prefirió aplicarlos a los análisis políticos c históricos en lugar de exponerlos en abstracto. Sin embargo, es difícil leer sus obras sin advertir tras ellas la presencia de una filosofía bien formada, del profundo pensamiento que él había dedicado a los problemas del método, y de su erudición* amplia aunque no muy sistemática. Trotsky manejaba esa erudición con soltura, evitaba los sesudos pronunciamientos del sabio, y como de propósito hablaba el lenguaje del dilcttantc. Pese a ello, o tal vez precisamente por ello, sus pocos ensayos sobre la dialéctica de la ciencia figuraban entre las más esclarecedoras y lúcidas exposiciones marxistas del asunto.

Nada se hallaba más lejos de la mente de Trotsky que cualquier intento de imponer la política sobre la ciencia. Defendía el derecho, y aun el deber, del científico a mantenerse políticamente desinteresado en el transcurso de la investigación y el estudio. Esto, sin embargo, no debía impedir que el científico viera cuál es el lugar de la ciencia en la sociedad. No existía contradicción entre el desinterés del científico individual y la profunda relación de la ciencia en su conjunto con los conflictos sociales de su época. De manera similar, un soldado o un revolucionario individual puede luchar y dar su vida desinteresadamente, pero un ejército y un partido deben tener intereses y aspiraciones definidas que defender.

El desapego y la objetividad rigurosa en la investigación son necesarios, pero no suficientes. Uno de los más vitales intereses de la propia ciencia consiste en que el científico posea un perspectiva filosófica amplia y moderna. El científico, por regla general, no posee tal perspectiva. Y a ello se debe una dicotomía característica en la mente del científico. En el campo de su especialidad o en su laboratorio, éste es implícitamente un materialista. pero fuera de ellos su pensamiento es la mayor parte de las veces confuso, anticientífico, inclinado al idealismo e incluso a concepciones sencillamente reaccionarias. En ningún gran pensador fue más evidente esta dicotomía que en Mendeléyev. Como científico, fue uno de los más grandes materialistas de todos los tiempos; sin embargo, vivió atrapado en las creencias y prejuicios más conservadores de su tiempo y fue un devoto del zarismo decadente. Cuando formuló su Ley Periódica, confirmó la verdad del principio dialéctico que ocupa un lugar central en el pensamiento marxista y asevera que

los cambios cuantitativos, lo mismo en los procesos naturales que en los sociales, se convierten al llegar a ciertos puntos en cambios cualitativos. De acuerdo con la Ley Periódica, las alteraciones cuantitativas en los pesos atómicos tienen como resultado diferencias cualitativas entre los elementos químicos. Sin embargo. Mendeléyev no pudo advertir la inminencia del gran cambio cualitativo -la revolución- en la sociedad rusa.

''Conocer a fin de poder predecir y actuar*' fue la máxima del gran descubridor, que comparaba la creación científica con la construcción de un puente de hierro sobre un precipicio: no es necesario, decía Mendeléyev, descender y buscar un apoyo para el puente en el fondo del precipicio; basta con encontrar apoyo en uno de los bordes y luego tender a través de éste un arco exactamente pesado que descanse con seguridad en el otro borde.

Lo mismo es cierto de todo pensamiento científico. Éste debe basarse en los cimientos graníticos de la experiencia; pero la generalización, como el arco del puente, se separa del mundo de los hechos a fin de intersectarlo nuevamente en otro punto precisamente anticipado...

Ese momento de la creación científica.. . cuando la generalización se transforma en pronóstico y el pronóstico se prueba con éxito a través de la experiencia, da invariablemente a la mente humana la más or- gullosa y verdadera satisfacción.

Mendeléyev el ciudadano, sin embargo, rehuyó toda generalización sociológica y toda predicción política. Vio con absoluta falta de comprensión el surgimiento en Rusia de la escuela de pensamiento marxista que se formó en el transcurso de una controversia con los populistas (narod- niki) acerca, precisamente, de un pronóstico sobre la forma en que evolucionaría la sociedad rusa.

El caso de Mendeléyev ilustra, pues, la difícil situación del científico moderno: su falta de una visión integral del mundo e incluso de la ciencia. La ciencia, por necesidad, trabaja empíricamente; y la especialización y fragmentación del conocimiento acompañan su progreso. Con todo, mientras mayores sean la especialización y la fragmentación, más urgente es la necesidad de una concepción unificadora del mundo; de lo contrario, la mente del pensador se constriñe dentro de su especialidad y aun dentro de ésta su progreso se dificulta. La falta de comprensión filosófica y la desconfianza frente al pensamiento generalizador han sido responsables de mucha confusión científica y de muchos palos a ciegas que pudieron evitarse. El marxismo le ofrece al científico una visión integral de la naturaleza y la sociedad humana, una visión que. lejos de ser un artificio arbitrario o una ficción de la mente metafísica, concuerda invariablemente con la variada experiencia empírica de la ciencia.

La unidad y la diversidad del pensamiento del hombre era el gran tema de Trotsky. Tomando una vez más la obra de Mendeléyev como punto de partida, examinó la

estructura de la ciencia moderna. Mendeléyev había descubierto que la química tiene su fundamento en la física y que las reacciones químicas son causadas por las propiedades físicas y mecánicas de las partículas. La fisiología, prosiguió Trotsky, guarda con la química la misma relación que la química con la física: no en vano se la describe como "la química aplicada de los organismos vivientes". "La fisiología científica, es decir, materialista, no tiene nada que ver con ninguna Fuerza Vital especial y supraquímica (como la concebían los vitalistas y neovita listas) a fin de explicar los procesos que le interesan. La psicología, a su vez, descansa en los fundamentos de la fisiología. Del mismo modo que el fisiólogo en su investigación estricta no puede hacer ningún uso del concepto de Fuerza Vital, el psicólogo tampoco puede enfrentarse a ninguno de sus problemas específicos remitiéndose al 'alma'. Tiene que relacionar las experiencias psíquicas con los fenómenos de la existencia fisiológica." Esto es lo que hace la escuela de Freud cuando revela que los impulsos sexuales del hombre se encuentran en la bas? de muchos de sus estados mentales; y esto es a fortiori lo que hace la escuela de Pávlov cuando trata al alma humana como un complicado sistema de reflejos fisiológicamente condicionados. Finalmente, la moderna ciencia de la sociedad es inseparable de la comprensión que el hombre ha adquirido de las leyes que gobiernan a la naturaleza; esa ciencia ve a la sociedad como una parte peculiar de la naturaleza.

Así, sobre los cimientos establecidos por la mecánica y la física, se erige la vasta estructura de la ciencia contemporánea, con todas sus diversas partes interrelacionadas y constituyente de un todo singular. Sin embargo, unidad no es uniformidad. Las leyes que gobiernan una ciencia no pueden sustituir a las que gobiernan otra. Aun cuando Mendeléyev haya probado que los procesos químicos son en última instancia físicos o mecánicos, la química no puede ser reducida directamente a física. Menos aún puede reducirse la fisiología a química, o la psicología y la biología a fisiología. Y tampoco es posible deducir simplemente las leyes que gobiernan el desarrollo de la sociedad humana de las leyes que rigen la naturaleza. En cierto sentido, el objetivo último de la ciencia puede seguir siendo el de explicar la infinita variedad de fenómenos naturales y sociales por medio de unas cuantas leyes generales y elementales?[2] Pero el pensamiento científico avanza hacia ese objetivo en tal forma que da la impresión de hallarse cada vez más lejos del mismo, a saber, por medio de la división y especialización del conocimiento y de la formulación y elaboración de leyes sicmprcs nuevas, particulares y detalladas. La concepción, por ejemplo, de que las reacciones químicas están determinadas en última instancia por las cualidades físicas de las partículas, fue el comienzo de todo conocimiento químico: pero no ofreció por sí misma una sola clave para entender una sola reacción química. "La química trabaja con sus propias claves; y sólo encuentra esas claves en sus propios laboratorios, a través de la experiencia

empírica y la generalización, la hipótesis y la teoría." La fisiología, conectada como está a través de los sólidos canales de la química orgánica y fisiológica con la química en genera], tiene sin embargo, sus métodos y leyes propios. Lo mismo sucede con la biología y la psicología. Cada ciencia busca apoyo en las reglas de otra sólo "en última instancia"; y cada ciencia se aplica a una esfera tan particular, en la que los fenómenos elementales aparecen en combinaciones tan complejas, que cada una de esas esferas exige un enfoque. métodos de indagación e hipótesis que le son peculiares a ella sola. Es a través de la diversidad como se hace patente la unidad de la ciencia.

En el estudio de la naturaleza, la autonomía de cada esfera se da por sentada; ningún estudioso serio se permite confundir las leyes que rigen en una esfera con las que son válidas en otra. Sólo en los razonamientos sobre la sociedad, en la historia, la economía y la política, sigue siendo endémica tal confusión y arbitrariedad metodológica. En estas disciplinas no es necesario reconocer ninguna ley, o de lo contrario las leyes de la ciencia natural son proyectadas burdamente al estudio de la sociedad, como lo hacen, por ejemplo, los darwinistas metidos a sociólogos y los neomalthusianos.

Trotsky trazó a continuación un amplio panorama del avance de la ciencia "en las últimas décadas" y sus implicaciones filosóficas Ese avance, afirmó, constituía un triunfo casi ininterrumpido para el materialismo dialéctico, un triunfo que, paradójicamente, los filósofos e incluso los científicos se mostraban renuentes a reconocer. "Los éxitos de la ciencia en el dominio sobre la materia, por el contrario, son acompaña dos por una lucha filosófica contra el materialismo?' El descubrimiento de la radiactividad en particular había estimulado a los filósofos a derivar conclusiones antimaterialistas. Sin embargo, sus argumentos sólo eran efectivos en la crítica de la antigua física y de la variante mecanicista del materialismo filosófico relacionado con ella. El materialismo dialéctico nunca se había vinculado a la antigua física; antes al contrario, la había trascendido a mediados del siglo XIX. con bastante anterioridad a los científicos. Al insistir únicamente en la primacía del ser -la "materia"- respecto del pensamiento, el materialismo dialéctico no se identifica con ninguna concepción particular de la estructura de la materia y sólo concede a tales concepciones una validez relativa, considerándolas como etapas en el progreso del conocimiento empírico. A los científicos, en cambio, les resulta difícil desligar d materialismo filosófico de tal o cual fase de su indagación sobre la naturaleza de la materia. Bastaría con que aprendieran a abordar los problemas con un actitud más amplia, a combinar el razonamiento inductivo con el deductivo y el pensamiento empírico con el abstracto, para que pudieran ver sus propios descubrimientos con una mejor perspectiva, evitaran atribuirles una significación filosófica absoluta e incluso preveían más claramente las transiciones de una

fase de la ciencia a otra. Muchos científicos que disertaban sobre las supuestas implicaciones antimaterialistas de la radiactividad no eran capaces ni siquiera de ver adonde los conducía el descubrimiento de la radiactividad, y veían con escepticismo la posibilidad de dividir el átomo. Criticando esta actitud. Trotsky dejó constancia de la siguiente predicción :

Los fenómenos de la radiactividad nos conducen directamente al problema de la liberación de la energía interior del átomo... La principal tarea de la física contemporánea consiste en extraer del átomo su energía latente, en abrir una válvula de modo que esa energía brote con toda su fuerza. Entonces será posible reemplazar el carbón y el petróleo por la energía atómica, que se convertirá en nuestro combustible y fuerza motriz básicos.

Refutando a los escépticos, exclamó:

Ésta no es en modo alguno una tarea imposible, ¡y qué horizontes abrirá su solución! .. el pensamiento científico y teconlógico se aproxima al punto de una gran transformación; y así la revolución soda' de nuestra época coincide con una revolución en la indagación de' hombre acerca de la naturaleza de la materia y en su dominio sobre ésta.

Trotsky hizo esta profecía el lo. de marzo de 1926. No habría de vivir para verla convertida en realidad: moriría casi en vísperas de su realización.

De sus incursiones en la filosofía de la ciencia, una merece recordarse en especial: su alegato en defensa del psicoanálisis freudiano. Ya en los primeros años de la década de los veintes la escuela de pensamiento írcudiana se vio sometida a un feroz ataque que habría de desterrarla de la Unión Soviética durante muchas décadas. Para muchos miembros influyentes del Partido, la escuela, con su énfasis excesivo en el sexo, parecía sosjxxhosa e incompatible con el marxismo. Sin embargo, la intolerancia respecto al freudianismo no era exclusiva de los bolcheviques; eran tan marcada, cuando menos, en los círculos académicos políticamente conservadores, entre los seguidores de Pávlov que estaban empeñados en establecer un monopolio virtual en favor de sus propias enseñanzas. Tenían sobre los freudianos la ventaja de que su escuela se había desarrollado en suelo ruso y de que resultaba atractiva para los intelectuales marxistas porque parecía la más obviamente materialista de las dos. Así, pues, los comunistas y los académicos formaron una curiosa alianza contra el psicoanálisis.

Trotsky. como ya sabemos, se sintió preocupado por esta situación ya desde 1922. Ese año escribió una carta a Pávlov en la que trataba de vindicar el freudianismo y, con mucho tacto, encarecía a aquél que ejerciera influencia en favor de la tolerancia y la libertad de investigación. No se sabe si Trotsky llegó a enviar la carta, pero sí la incluyó en el volumen XXI de sus Obras. Pávlov, a lo que parece, ignoró la petición. En el calor de la subsecuente crisis política, Trotsky no pudo insistir en el

asunto. Pero volvió a plantearlo en 1926, y en esta ocasión protestó públicamente contra la atmósfera de adulación servil que rodeaba ya a la escuela de Pávlov. Habló con el debido respeto y admiración sobre las enseñanzas del propio Pávlov, que a su juicio estaban "en completa armonía con el materialismo dialéctico" y "destruían la división entre la fisiología y la psicología". Pávlov consideraba que "los reflejos básicos eran fisiológicos y que el sistema de reflejos tenía como resultado la conciencia"; también juzgaba que "la acumulación de la cantidad fisiológica produce una nueva cualidad 'psicológica'". Pero Trotsky habló con ironía sobre las exageradas pretensiones de la escuela de Pávlov, especialmente sobre su jactancia de que podía explicar el funcionamiento más sutil de la mente humana, e incluso la creación poética, como el trabajo de los reflejos condicionados solamente. Ciertamente, observó Trotsky, el método de Pávlov es "experimental y minucioso: se acerca a sus generalizaciones paso a paso: parte de la saliva del perro y avanza hacia la poesía"; pero "el camino hacia la poesía apenas puede vislumbrarse todavía".

Protestó contra la detracción del freudianismo tanto más enérgicamente por cuanto sostenía quedas enseñanzas de Freud, al igual que las de Pávlov eran inherentemente materialistas. Las dos teorías, sostuvo, difieren en cuanto a los métodos de indagación, no en cuanto a la filosofía.Pávlov adoptaba el método estrictamente empírico y procedía concretamente de la fisiología a la psicología. Freud postulaba de antemano el impulso fisiológico que se encuentra detrás de los procesos psíquicos, y su enfoque era más especulativo. Podía sostenerse que los freudianos le concedían demasiada importancia al sexo a expensas de otros factores; pero una controversia sobre este punto quedaría aún dentro del marco del materialismo filosófico. El psicoanalista "no asciende desde los fenómenos inferiores (fisiológicos) hasta los superiores [psicológicos] y desde los reflejos básicos hasta los complicados. En lugar de ello, intenta salvar todas las etapas intermedias de un solo salto, un salto de arriba hacia abajo, desde el mito religioso, el poema lírico o el sueño directamente hasta la base fisiológica de la psique humana". Trotsky resumió la comparación en una imagen llamativa:

Los idealistas nos dicen... que el "alma" es un pozo sin fondo. Tanto Pávlov como Freud piensan que la fisiología forma su fondo. Pávlov, como el buzo, se sumerge hasta las últimas profundidades e investiga minuciosamente el pozo desde allí hacia arriba. Freud se inclina sobre el pozo y con una mirada penetrante intenta escudriñar sus aguas siempre cambiantes y agitadas y explorar o adivinar la forma de las cosas que se encuentran allá abajo.

El método experimental de Pávlov tenía, por supuesto, cierta ventaja sobre el enfoque parcialmente especulativo de Freud, que en ocasiones llevaba al psicoanalista a conjeturas fantásticas. Con todo, sería demasiado simple y burdo

declarar que el psicoanálisis es incompatible con el marxismo y volverle la espalda. En todo caso, tampoco estamos obligados a aceptar el freudianismo. Éste es una hipótesis de trabajo. Puede producir, y de hecho produce, deducciones y conjeturas que señalan hacia una psicología materialista. A su debido tiempo la experimentación proporcionará las pruebas. Mientras tanto, no tenemos ni razón ni derecho a dictar la prohibición de un método que, aun cuando pueda ser menos seguro, trata de anticipar resultados a los que el método experimental sólo se aproxima con mucha lenlitud.

El alegato de Trotsky cayó en oídos sordos. Andando el tiempo la teoría psicoanalítica fue desterrada de las universidades soviéticas. Menos específicamente, pero más categóricamente aún, Trotsky defendió la teoría de la relatividad de Einstein; pero para el ''materialismo" eclesiástico de la era de Stalin esa teoría también se convirtió en anatema; y sólo después de la muerte de Stalin hubo de ser "rehabilitada".

En sus ensayos sobre filosofía de la ciencia, Trotsky pese a lo bien informado que estaba y a la inspiración que mostró en ocasiones, era más bien un aficionado. No así, sin embargo, en lo que se refiere a su crítica literaria. El fue, en esos años, el más notable de los críticos lusos. Su Literatura y Revolución influyó poderosamente en los escritores de Krasnaya Nov. la principal revista literaria de la época, y especialmente en su director. A. Vofonsky, trotskista declarado y ensayista distinguido. Aun en la actualidad, casi cuatro décadas después de su publicación, el libro permanece insuperado no sólo como un examen del Sturm und Drang revolucionario en las letras rusas y como una denuncia anticipada del sofocamiento de la creación artística por el stalinismo, sino más generalmente como un ensayo de crítica literaria marxiste. El libro está escrito con un íntimo sentimiento frente al arte y la literatura, con original perspicacia. elocuencia e ingenio cautivantes y, en sus últimas páginas, con un poder de visión que alcanza raras alturas de sublimidad poética.

También en el campo de la literatura Trotsky le declaró la guerra a la actitud iconoclasta y a la presunción y la arrogancia seudorrevolucionarias. Exigió libertad de expresión para todas las escuelas artísticas y literarias, cuando menos mientras no abusaran de esa libertad para fines clara e inequívocamente contrarrevolucionarios. Una vez más. la actitud iconoclasta y la intolerancia se hacían patentes no sólo, y ni siquiera principalmente, entre los miembros del Partido. Eran todavía más características de diversos grupos de escritores y artistas jóvenes. Nuevas escuelas rebeldes proliferaron en el arte y la literatura. En circunstancias normales, esas escuelas, con sus innovaciones y sus ataques a la autoridades artísticas establecidas, tal vez habrían excitado la curiosidad y creado un barullo en círculos relativamente reducidos, y podrían haberse abierto paso, como lo habían hecho tantos de sus

predecesores, de la oscuridad al reconocimiento, sin mucha alharaca política en su recorrido.

Pero, dadas las circunstancias, las rivalidades de las capillas literarias y sus controversias trascendieron los límites normales. Las nuevas escuelas reclamaban para sí una importantísima significación política, se anunciaban como precursoras de la revolución y trataban de desacreditar a las escuelas anteriores como socialmente reaccionarias y artísticamente anacrónicas.

El Proletkult como ya sabemos, clamaba por la aceptación oficial de su "escuela de pensamiento" e incluso por un monopolio. Sus escritores. Lebedinsky. Pletnev. Tretiakov y otros, encontraron una tribuna en do> revistas, Kuznitsa y Oktyabr, y posteriormente fundaron su propia y militante Na Postu. Puesto que Bujarin, como director de Pravda, y Lunacharsky como Comisario de Educación, patrocinaban el Proletkult, fue necesario el pronunciamiento de Lenin para rechazar sus pretensiones. Cuando los escritores del Proletkult$_f$ atribulados por el repudio, se volvieron hacia Trotsky pidiéndole su protección, éste les contestó que él en todo caso defendería su derecho a expresar sus opiniones libremente, pero que estaba completamente de acuerdo con Lenin en cuanto a lo pernicioso e insustancial de todas las consignas sobre la literatura y el arte. Incluso los más moderados lugares comunes acerca de una "nueva época socialista en el arte" o de un "un nuevo renacimiento revolucionario en la literatura" carecían de valor: "Las artes han revelado una terrible impotencia, como siempre sucede al comienzo de una gran época... Al igual que el búho, el ave de la sabiduría, el pájaro cantor de la poesía también se deja escuchar después de la puesta del sol. Durante el día se hacen las cosas, y sólo en el crepúsculo el sentimiento y la razón comprenden lo que ha sucedido."

Era erróneo culpar a la revolución por la lastimosa situación en que se hallaba el artista. El "pájaro cantor de la poesía" se dejaba escuchar menos aún en el campo de la contrarrevolución. En un cáustico estudio sobre la literatura de la emigración, Trotsky señaló que, aunque la mayor parte de los escritores rusos famosos se habían ido al extranjero, no habían producido allí una sola obra digna de mención. Tampoco los "emigrados del interior" -los escritores dentro de Rusia que pensaban y sentían lo mismo que los emigrados escritores como Zinaída Guippius, Evgueni Zamiatin y aun Andréi Bielytenían gran cosa de que alardear. Pese a todas sus indudables dotes, estos escritores, inmersos en un insensible egoísmo, eran incapaces de responder al drama de su tiempo. En el mejor de los casos, se refugiaban en el misticismo. Así hasta Biely. el más notable de todos, "se muestra siempre preocupado por su propio yo, cuenta historias acerca de su propio yo, camina alrededor de su propio yo, olisquea su propio yo y lame su propio yo". La Guippius cultivaba un cristianismo elevado, ultramundano, místico

y erótico; sin embargo, "bastaba que la dura bota de un Guardia Rojo le pisara su cafo lírico para que ella dejara escapar en seguida un grito en el que se podía reconocer a la bruja obsesionada con Ja sacrosanta propiedad". (Pero, puesto que a la poetisa no le faltaba talento, en su grito de bruja había indudablemente una cualidad poética.) Por su apego a los valores espurios de un sistema social superado y por su enajenación respecto de su época, estos escritores le resultaban repulsivos y grotescos a Trotsky. Ellos expresaban a su juicio, todo lo que carecía de valor en la antigua intelectualidad. Ecribió una semblanza mínima de uno de los tipos de esa intelectualidad, un "emigrado del interior" por excelencia:

Guando cierto esteta demócrata constitucional, después de hacer un largo vieje en un vagón de mercancías calentado por una estufa, nos dice, farfullando entre dientes, cómo él, un europeo refinadísimo, con una estupenda dentadura postiza, la mejor del mundo, y con un conocimiento detallado de las técnicas del ballet egipcio, fue reducido por esta zafia revolución a viajar con despreciables cargadores de costales llenos de piojos, entonces sentimos que nos sube a la garganta una náusea provocada por sus dientes postizos, sus técnicas de ballet y en general toda su "cultura" birlada en los puestos de mercado de Europa; y crece en nosotros la convicción de que el último piojo de nuestro más rústico cargador de costales es más importante en la mecánica de la historia y más necesario, por decirlo así, que este egoísta refinadamente "culto" y estéril en todos los sentidos.

Habiendo despachado en forma un tanto sumaria a los "emigrados del interior", Trotsky pasó a examinar las tendencias más creadoras en la literatura. Criticó y defendió a los paputehiki o "compañeros de ruta". Él mismo acuñó este término para describir a aquellos escritores que, sin abrazar el comunismo, "recorrían una parte del camino con la revolución", pero que al llegar a cierto punto tal vez la abandonarían para seguir su propio camino. Tales eran, por ejemplo, los "imaginistas", una escuela literaria cuyos poetas más notables eran Essenin y Kluyev. Éstos habían llevado la personalidad y la imaginación del muzhik a la poesía. Trotsky mostró cómo componían sus imágenes abigarradas y llenas de colorido en la misma forma en que el muzhik gustaba de adornar su izba. En sus poemas podían sentirse tanto la atracción como la repulsión que la revolución ejercían entre el campesinado. La ambigüedad de su actitud dotaba de tensión artística y de significación social a su obra. Ellos eran los "narodniki poéticos de la era de Octubre". El hecho de que esta actitud hallara una expresión conmovedora no era más que natural en un país campesino, y no se daba únicamente entre los imaginistas. Boris Pilniak, cuyo talento Trotsky tenía en gran estima, compartía con ellos el apego al primordial primitivismo de Rusia que la revolución había socavado. En consecuencia, Pilniak "aceptaba" el bolchevismo y "rechazaba" el comunismo, concibiendo al primero como el aspecto elemental "peculiarmente

ruso" y en parte asiático de la revolución, y al segundo como el elemento moderno, urbano, proletario y predominantemente europeo. Con más rigor escribió Trotsky sobre Marietta Shaginián, quien se había "reconciliado" con la revolución sólo partiendo de una especie de cristianismo fatalista y de una total indiferencia artística frente a todo lo que se encontrara, metafóricamente hablando, "fuera de su salón". (La Shaginián fue una de las poquísimas figuras literarias de este grupo que sobrevivió a las purgas stalinistas y resurgió como ganadora de un Premio Stalin.)

Trotsky describió a Alexander Blok también como un paputehik, pero lo situó en una categoría aparte. La poesía de Blok había recibido un primer y poderoso estímulo de parte de la revolución de 1905. Su desgracia consistió en que sus mejores años creadores pertenecieron, al período muerto entre dos revoluciones, entre 1907 y 1917; y él nunca pudo hacer las paces con la vacuidad de esos años. Su poesía era, pues, romántica, simbólica, amorfa, irreal; pero bajo su superficie existía el supuesto de un modo de vida muy real... El simbolismo romántico es una evasión de la realidad sólo en la medida en que se evade de su cualidad concreta...; esencialmente, sin embargo, el simbolismo es un modo de transformar y elevar la vida... El lirismo constelado, nevado e informe de Blok refleja un medio ambiente y una época... más allá de los cuales ese lirismo se encontraría, como un borrón nebuloso, suspendido en un vacío. No sobrevivirán a su tiempo ni a su autor.

Pero el 1917 sacudió una vez más a Blok y le impartió "un sentido de movimiento, propósito y significación. Él no fue el poeta de la revolución. Pero, habiéndose marchitado en el infecundo período de la vida y el arte prerre-volucionaríos, empuñó ahora la brújula de la revolución. De ese contacto nació Los doce el más significativo de todos sus poemas, el único que sobrevivirá y pasará a los siglos". A diferencia de la mayoría de los críticos posteriores, Trotsky no consideró Los doce como una apoteosis de la revolución. sino como el "canto del cisne de aquel arte individualista que trataba de unirse a la revolución". "Esencialmente, fue un grito de desolación por un pasado que moría; pero el grito fue tan grande y la desolación tan intensa que se elevó hasta convertirse en un grito de esperanza en el futuro."

Los futuristas constituían el grupo literario más vigoroso y vociferante de aquellos años. Sus miembros clamaban por un rompimiento con todo lo passé, insistían en la supuesta relación básica entre el arte y la tecnología, introdujeron términos técnico-industriales en su lenguaje poético y se identificaron con el bolchevismo y el internacionalismo. Trotsky dedicó un estudio detallado y perspicaz a esta tendencia. Desechó los éxtasis tecnológicos de los futuristas como reflejos del atraso ruso:

Con excepción de la arquitectura, el arte se basa en la tecnología... sólo en la medida en que ésta constituye la base de la actividad civilizada en general. En la práctica, la dependencia del arte, especialmente del arte verbal, respecto de

la tecnología material es insignificante. Uno puede escribir un poema sobre los rascacielos, los dirigibles y los submarinos aun cuando uno viva en los confines de la gubemia de Riazán: puede uno escribirlo con el muñón de un lápiz en un pedazo de papel de estraza. El hecho de que haya rascacielos, dirigibles y submarinos en Norteamérica basta para encender la fresca imaginación de Riazán: la palabra del poeta es el más transportable de todos los materiales.

La identificación del futurismo con la revolución proletaria era, además, impugnable.-No era mera casualidad que en Italia la misma escuela poética se viera absorbida por el fascismo En ambos países los futuristas, al hacer su primera aparición, fueron rebeldes artísticos sin inclinaciones políticas definidas. De no haberse visto atrapados en violentas convulsiones políticas antes de tener tiempo suficiente para dulcificarse, se habrían entregado a todas las tentaciones literarias, habrían luchado y logrado reconocimiento y habrían terminado apoltronados en la respetabilidad. Su rebeldía literaria adquirió el color político de los acontecimiento que ocurrían en tomo suyo: los del fascismo en Italia y los del bolchevismo en Rusia. Esto era tanto más natural cuanto que lo mismo el fascismo que el bolchevismo atacaban, desde sus opuestos puntos de vista, el passéisme político de la burguesía. Los futuristas rusos, sin duda, se habían sentido atraídos genuinamente por la fuerza dinámica de la Revolución de Octubre; y por ello confundían su rebelión bohemia con el auténtico equivalente artístico de la revolución. Debido a que ellos mismos habían roto con ciertas tradiciones artísticas, alardeaban de su desprecio por el pasado y se imaginaban que, junto con ellos, la revolución, la clase obrera y el Partido pugnaban por romper con "siglos de tradición" en todos los campos. Los futuristas, comentó Trotsky, tenían "una idea muy pobre de los siglos". El clamor contra la tradición se justificaba mientras iba dirigido a un público literario y contra la inercia de estilos y formas establecidos. Pero sonaba a hueco cuando "iba dirigido a la clase obrera, que no necesita ni puede romper con ninguna tradición literaria porque no posee en absoluto tal tradición". La vehemente cruzada contra el passéisme era una tormenta en el vaso de agua de la intelectualidad, un estallido de nihilismo bohemio. "Nosotros los marxistas siempre hemos vivido dentro de la tradición. y no por ello hemos dejado de ser revolucionarios."

Los futurista pretendían, además, que su arte era colectivista, agresivo, ateo y, por lo tanto, proletario. "Los intentos", replicó Trotsky, "de derivar por vía de la deducción un estilo artístico de la naturaleza del proletariado, de su colectivismo, dinamismo, ateísmo, etc., son puro idealismo v sólo pueden producir ingeniosas filosofías caseras, alegorías arbitrarias y... düetlantismo provinciano."

Se nos dice que el arte no es un espejo, sino un martillo; que no refleja las cosas, sino que las transforma. Pero hoy en día se aprende a manejar hasta un martillo por medio de un "espejo", es decir, por medio de una película sensitiva que fija todas

las fases del movimiento... ¿Cómo podemos transformarnos nosotros mismos y nuestras vidas sin mirar el "espejo" de la literatura?

Su actitud crítica frente a los futuristas no impedían a Trotsky reconocer sus méritos literarios, y los reconoció tanto más generosamente en virtud de que los militantes del Partido veían con malos ojos la oscuridad y las excentricidades experimentales de aquéllos. Puso a los comunistas en guardia contra la "apresurada intolerancia" que considera al arte experimental como un fraude o como el capricho de una intelectualidad decadente.

La lucha contra el antiguo vocabulario y la antigua sintaxis poética fue, a pesar de todas sus... extravagancias, una rebelión progresista contra el vocabulario cerrado..., contra un impresionismo que sorbe la vida a través de una pajilla y contra un simbolismo perdido en... la vacuidad celestial... La obra de los futuristas ha sido, en este sentido vital y progresista... ha eliminado de la poesía muchas palabras y giros que habían perdido contenido; ha revitalizado otras palabras y giros; y en algunos casos ha logrado crear nuevas palabras y giros... Esto es válido no sólo para las palabras individuales, sino también para el lugar de cada palabra entre otras palabras, para la sintaxis.

Cierto era que los futuristas se habían excedido en la innovación; pero "lo mismo ha sucedido incluso con nuestra revolución: tal es el «pecado' de lodo movimiento vivo. Los excesos se desechan y se desecharán, pero el esencial saneamiento y la indudable renovación revolucionaria del lenguaje poético tendrán efectos duraderos". Lo mismo debía decirse en favor de las nuevas técnicas en el ritmo y la rima. Éstas no debían abordarse con un espíritu estrechamente racionalista; la necesidad del ritmo y la rima por parte del hombre es irracional, y "el sonido de la palabra forma el acompañamiento acústico de su significado". "Claro está que la abrumadora mayoría de la clase obrera no puede preocuparse todavía por estos problemas. Ni siquiera su vanguardia ha tenido tiempo hasta ahora para prestarles atención, porque hay tareas más urgentes. Pero también tenemos un futuro por delante. Y esto nos exige una actitud más atenta, una actitud precisa, como la de un artesano frente a su oficio, una actitud artística frente al lenguaje, el instrumento esencial de la cultura, no sólo en la poesía sino aún más en la prosa." Para manejar y pesar las palabras, sus significados y sus matices, se necesitan "instrumentos micromctricos". En lugar de estos, campeaban por sus respetos la triviliadidad y la rutina ajenas a todo refinamiento. "En uno de sus aspectos, el mejor de ellos, el futurismo es una protesta contra la chapucería, esa poderosísima escuela literaria que tiene sus representantes influyentes en todos los campos." Desde este punto de vista, Trotsky tuvo algo que decir en favor incluso de la escuela "formalista" y del principal exponente de sus ideas. Víctor Shklovsky, aunque criticó su exclusiva concentración en la forma: en tanto que el formalista cree que en el principio fue rl

verbo, el mar- xista piensa que en el principio fue el acto: "la palabra sigue al acto como su sonido sombra".

Un ensayo especial en Literatura y Revolución se ocupa de Mayakovsky, el más talentoso de los futuristas que posteriormente fue canonizado como el bardo del comunismo. Trotsky sostenía que Mayakovsky sufría sus peores caídas artísticas precisamente allí donde como comunista alcanzaba el más alto nivel. Ello no era sorprendente: Mayakovsky se esforzaba uor ser comunista, pero la perspectiva de un poeta no depende de su Pasamiento y su esfuerzo conscientes, sino de su percepción semiconscíen- te y su sentimiento subconsciente y del cúmulo de imágenes e impresiones que el poeta haya absorbido durante su infancia temprana. La revolución fue para Mayakovsky una "experiencia genuina y profunda" porque abatió con sus rayos y sus relámpagos el embotamiento y la inercia de la vieja sociedad que Mayakovsky odiaba a su manera y con los que no había tenido tiempo de hacer las paces. El poeta se adhirió con entusiasmo a la revolución, pero no se fundió ni pudo fundirse con ella. Esto lo atestigua el estilo poético de Mayakovsky:

El impulso dinámico de la revolución y su sevem coraje atraen a Mayakovsky mucho más intensamente que el carácter masivo de su heroísmo y el colectivismo de sus problemas y experiencias. Del mismo modo que el antropomorfista griego asimilaba ingenuamente las fuerzas de la naturaleza a su propia persona, así nuestro poeta, el Mayakomorfista, llena con su propio yo las plazas, las calles y los campos de la revolución ... Su pathos dramático se eleva con frecuencia a una tensión extraordinaria, pero detrás de la tensión no hay siempre una fuerza verdadera. El poeta es demasiado conspicuo: les concede demasiado poca autonomía a los sucesos y a Jos hechos. No es la revolución la que lucha contra los obstáculos, sino Mayakovsky el que despliega su poderío atlético en la arena de las palabras, efectuando en ocasiones auténticos milagros, pero a menudo levantando con heroico esfuerzo pesas notoriamente vacías... Mayakovsky habla en todo momento sobre sí mismo en primera y tercera personas... Para alzar al hombre, lo alza hasta Mayakovsky. Adopta un tono de familiaridad frente a los más majestuosos fenómenos históricos... Se yergue con un pie en el Mont Blanc y el otro en el Elbrus. Su voz tonante supera al trueno. ¿Qué de extraño tiene que... las proporciones de las cosas terrenales se desvanezcan y que no quede ninguna diferencia entre lo pequeño y lo grande? Mayakovsky habla sobre el amor, el más íntimo de los sentimientos, como si se refiriera a la migración de los pueblos... No cabe duda de que este estilo hiperbólico refleja en cierta medida el frenesí de nuestra época. Pero esto no le confiere una justificación artística general. Es imposible ahogar con la propia voz el estruendo de la guerra y la revolución, pero es fácil quedarse ronco en el intento... Mayakovsky, con demasiada frecuencia, grita donde conviene hablar; y

por eso su grito, donde se necesita el grito, suena poco adecuado.

Las imágenes sobrecargadas de Mayakovsky, a menudo hermosas en sí mismas, destruyen con igual frecuencia la unidad del todo y paralizan el movimiento.

El exceso de imágenes dinámicas conduce a la detención... cada frase, cada giro y cada metáfora está concebida para lograr el máximo rendimiento y para alcanzar el límite superior, la cumbre. Por eso el conjunto carece de un máximo... (y) el poema no tiene cumbre...

La refutación de la idea de "cultura proletaria" constituye la parte central y más polémica de Literatura y Revolución. En el prefacio, Trotsky ofrece el siguiente resumen sucinto de su razonamiento:

Es fundamentalmente erróneo oponer la cultura y el arte proletarios a la cultura y el arte burgueses. La cultura y el arte proletario nunca existirán. El régimen proletario es provisional y transitorio. Nuestra revolución deriva su significación histórica y su grandeza moral del hecho de que construye los cimientos de una sociedad sin clases y de la primera cultura verdaderamente universal.

No se debe razonar, jx>r consiguiente, a base de analogías históricas y concluir que, puesto que la burguesía ha creado su propia cultura y su propio arte, el proletariado hará lo misino. Pero no es únicamente el "pró- jxisito" de la revolución proletaria -su esfuerzo por llegar a una cultura sin clases- lo que invalida el paralelismo. Lo que milita contra éste más vigorosamente aún es una diferencia básica en los destinos históricos de las dos clases. El modo de vida burgués se desarrolló orgánicamente en el transcurso de varios siglos, mientras que la dictadura del proletariado podrá durar años o décadas, pero no más; y su lapso vital está lleno de violentas luchas de clases que dejan poco margen, si es que dejan alguno, para el desarrollo de una nueva cultura.

Todavía somos soldados en marcha. Tenemos un día de descanso. Debemos lavar nuestras camisas, cortamos y cepillamos el pelo, y antes que nada limpiar y engrasar nuestros fusiles. Todo nuestro actual trabajo económico y cultural no es más que un intento de lograr algún orden entre dos batallas y dos marchas.. . Nuestra época no es la época de una nueva cultura. Todo lo que podemos hacer es abrirle el camino. En primer término debemos adquirir los elementos más importantes de la vieja civilización...

La burguesía pudo crear su propia cultura porque, aun bajo el feudalismo y el absolutismo, aun antes de haber conquistado la preponderancia política, poseía riquezas, poder social y educación, y se hallaba presente en casi todos los campos de la actividad espiritual. La clase obrera puede ganar en la sociedad capitalista, a lo sumo, la capacidad de derrocar esa sociedad; pero, siendo una clase desposeída, explotada e inculta, emerge del dominio burgués en una condición de indigencia cultural, y por eso no puede originar una nueva fase significativa en el desarrollo

de la mente inhumana. En realidad, no era la clase obrera, sino pequeños grupos de miembros del Partido e intelectuales (quienes también en este campo "sustituían" a la clase), los que aspiraban a crear una cultura proletaria. Sin embargo, "no puede crearse ninguna cultura de clase a espaldas de una clase". Ni tampoco es posible fabricarla en laboratorios comunistas. Quienes sostienen haber encontrado ya la cultura proletaria en el marxismo, hablan por ignorancia: el marxismo ha sido tanto el producto como la negación del pensamiento burgués, y hasta ahora ha aplicado su dialéctica principalmente al estudio de la economía y la política, en tanto que la cultura es "la suma total de los conocimientos y las capacidades que caracterizan a la sociedad en su conjunto, o cuando menos a su clase gobernante".

La contribución de la clase obrera a la literatura y el arte es insignificante. Resulta ridículo hablar de poesía proletaria a base de las obras de unos cuantos poetas-obreros talentosos. Los logros artísticos que estos poetas pueden reclamar se los deben a su aprendizaje con los poetas "burgueses" e incluso preburgueses. Aun cuando sus escritos sean inferiores, son sin embargo valiosos como documentos humanos y sociales. Pero considerar esos escritos como un arte nuevo que inaugura una nueva época, es un insulto al proletariado, "un pronunciamiento de demagogia populista". "El arte para el proletariado no puede ser un arte de segunda clase. Los escritores del Proletkult declaman mucho acerca de la literatura y la pintura 'nuevas, monumentales y dinámicas'. Pero, ¿dónde, camaradas, está ese arte 'del gran lienzo y el gran estilo', ese arte 'monumental'? ¿Dónde está? ¿Dónde?" Hasta entonces todo había sido baladronadas, jactancias y ataques injustificados a los adversarios del Proletkult: los imaginistas, los futuristas, los formalistas y los paputehiki, sin cuyas obras la literatura soviética quedaría totalmente empobrecida y en posesión únicamente de los dudosos "pagarés" del Proletkult.

Como era lógico prever. Trotsky fue acusado de eclecticismo, de humillarse ante la cultura burguesa, de alentar el individualismo burgués y de negarle al Partido el derecho y el deber de "ejercer la dirección" en la literatura y el arte. Él replicó:

El arte debe encontrar su propio camino... Los métodos del marxismo no son sus métodos. El Partido ejerce la dirección sobre la clase obrera, pero no sobre [todo] el proceso histórico. Hay algunos campos en los cuales el Partido dirige en forma directa e imperiosa. Hay otros campos en los que supervisa... y aun otros en los que sólo puede ofrecer su cooperación. Hay, por último, campos en los que sólo puede orientarse y mantenerse al tanto de lo que está ocurriendo. El campo del arte no es un campo en que el Partido esté llamado a ejercer el mando.

Los ataques exagerados contra el individualismo estaban fuera de lugar: el individualismo ha desempeñado un doble papel: ha tenido sus efectos reaccionarios, pero también los ha tenido progresistas y revolucionarios. La clase obrera no ha sufrido por un exceso, sino por una atrofia, del individualismo. La personalidad

del obrero no está todavía lo suficientemente formada y diferenciada; y formarla y desarrollarla era tan importante como darle un adiestramiento industrial. Es absurdo temer que el
arte del individualismo burgués pueda minar su sentido de solidaridad de clase. "Lo que el obrero absorberá de Shakespeare, Pushkin, Goethe y Dostoyevski es... una idea más compleja acerca de la personalidad humana. sus pasiones y sus sentimientos".

En el capítulo final del libro, Trotsky examinó "certidumbres e hipótesis" sobre las perspectivas del futuro. Las "certidumbres" sólo se referían al "arte de la revolución". Sobre el "arte socialista", que sólo nacería en una sociedad sin clases, únicamente podían hacerse conjeturas. El arte de la revolución, palpitante con todos los conflictos de clases y las pasiones políticas de la época, pertenece a una era de transición, al "reino de la necesidad", no al de la libertad. Sólo en una sociedad sin clases podrá fructificar plenamente la solidaridad humana; y sólo entonces "resonarán poderosamente en la poesía socialista esos sentimientos que nosotros, los revolucionarios, no nos atrevemos a llamar por su nombre porque el hipócrita y el canalla han manoseado y gastado las palabras; sólo en la sociedad sin clases resonarán en la poesía los sentimientos de la amistad desinteresada, del amor al prójimo y de la compasión sincera". La literatura de la revolución todavía sólo buscaba a tientas su expresión. Se argumentaba que debía ser realista. En el amplio sentido filosófico, esto era cierto: el arte de nuestra época no podría alcanzar la grandeza a menos que fuera profundamente sensitivo a la realidad social. Pero era ridículo tratar de fomentar el realismo en el sentido más estrecho, como una escuela literaria. No era cierto que tal escuela sería inherentemente "progresista": por sí mismo el realismo no es ni revolucionario ni reaccionario. Su edad de oro en Rusia correspondió a la época de la litc- ratuflr aristocrática. Como reacción contra el realismo se produjo el estilo tendencioso de los escritores populistas, contra los cuales reaccionaron a su vez los futuristas. La mutación de estilos ocurrió sobre un trasfondo social definido y reflejó cambios en el clima político; pero también siguió su propia lógica artística y sus propias leyes. Cualquier nuevo estilo se desenvuelve a partir del viejo estilo, como su negación dialéctica: revive y desarrolla algunos de los elementos de éste y abandona otros.

Toda escuela literaria está contenida potencialmente en el pasado, pero se desarrolla a través de un rompimiento hostil con éste. La relación entre la forma y el contenido... está determinada por el hecho de que la nueva forma se descubre, se proclama y evoluciona bajo la presión de una necesidad interna, una demanda psicológica colectiva que, como todas las otras cosas..., tiene sus raíces sociales. De allí la dualidad de toda tendencia literaria: por una parte, cualquier tendencia aporta algo nuevo a las técnicas de la creación artística..., y por la otra expresa

demandas sociales definidas... Éstas incluyen demandas individuales porque la clase social habla a través del individuo; y demandas nacionales porque la actitud de la nación está determinada por la de su clase dominante, que es dominante también en su literatura.

El hecho indudable de que la literatura ha servido como vehículo de las aspiraciones sociales no justifica a nadie que pase por alto o falsifique su lógica artística y que trate ya sea de canonizar o de prohibir cualquier estilo. Algunos críticos reaccionaban burdamente contra el simbolismo. Sin embargo, "no era el simbolismo ruso el que había inventado el símbolo. Sólo lo había incorporado a la lengua rusa modernizada. El arte del futuro, ciertamente, no renunciará a los logros de simbolismo", como tampoco renunciará a los géneros y las formas tradicionales, aun cuando algunos críticos recliazaban esos géneros y esas formas por anticuados, diciendo que la sátira y la comedia eran anacrónicas y que la tragedia estaba muerta porque era incompatible con una filosofía de la vida materialista y atea. El sepelio de los viejos géneros era cuando menos prematuro. Todavía había lugar para un "Gogol soviético" o un "Goncharov soviético" que expondrían despiadadamente "la vieja y la nueva suciedad", los viejos y los nuevos vicios y la pereza mental que podía hallarse en la sociedad soviética.

Quienes hablaban de la extinción de la tragedia sostenían que la religión, el destino, el pecado y la penitencia se encuentran en el centro del motivo trágico. Contra este argumento Trotsky señaló que la esencia de la tragedia reside en el conflicto más general entre la mente despertada del hombre y su medio ambiente limitador, un conflicto que es inseparable de la existencia del hombre y que se manifiesta en diferentes formas en diferentes etapas de la historia. El mito religioso no había creado a la tragedia; sólo la había expresado "en el lenguaje imaginativo de la infancia de la humanidad". El destino, tal como lo concebían los antiguos, y las Pasiones Cristianas medievales, no aparecían en el teatro de Shakespeare, producto artístico de la Reforma. Shakespeare señala, por lo tanto, un avance significativo respecto de la tragedia griega: "su arte es más humano": muestra las pasiones terrenales del hombre que trascienden al hombre mismo y se transforman en una especie de Destino. Lo mismo puede decirse del teatro de Goethe. Con todo, la tragedia puede elevarse aún más. Su heroe puede convertirse en el hombre derrotado no por hubris, los dioses, ni siquiera por su propia pasión, sino por la sociedad:

Mientras el hombre no sea dueño de su organización social, esa organización se cierne sobre él como el Destino mismo... La lucha por el comunismo que Babeuf libró anticipándose a su tiempo, en una sociedad inmadura, fue como la lucha del héroe clásico contra el Destino... La tragedia de la pasión personal restringida es demasiado simple para nuestro tiempo: hoy vivimos en una época de pasión

social. La sustancia de la tragedia contemporánea se encuentra en el choque entre el individuo y una colectividad o entre colectividades hostiles representadas por individuos. Nuestro tiempo es una vez más un tiempo de grandes propósitos... el hombre intenta liberarse de toda confusión mística e ideológica y de reconstruir la sociedad y reconstruirse a sí mismo... Esto es más grande que el juego infantil de los antiguos... o los desvarios monásticos de la Edad Media, o la suposición de que un individualismo que arranca a la personalidad humana de su medio ambiente social, la agota completamente y luego la arroja a un vacío de pesimismo...
(El nuevo artista) proyectará los grandes propósitos de nuestro tiempo en el arte. Es difícil prever si el dramaturgo de la revolución creará "alta" tragedia. Pero el arte socialista seguramente le dará nueva vida... como también dará nueva vida a la comedia, porque el nuevo hombre querrá reír, a la novela y a la poesía lírica, porque el amor del nuevo hombre será más bello y más grande... y él meditará nuevamente sobre el nacimiento y la muerte... La decadencia de las viejas formas no es en modo alguno absoluta ni final... todas tendrán su renacimiento... Lo que importa es que el poeta de la época venidera medite y sienta nuevamente las meditaciones y los sentimientos del hombre.

Pese a lo hipotéticas que eran todas las prefiguraciones del socialismo, Trotsky pensaba que podían distinguirse algunas curiosas indicaciones en las innovaciones confusas y en ocasiones hasta carentes de significado en que abundaba el arte soviético de aquellos años. En el teatro, Meyerhold buscaba una nueva síntesis "biomecánica" del drama, el ritmo, el sonido y el color; y Taírov trataba de "derribar la barrera", entre el escenario y el público, entre el teatro y la vida. La pintura y la escultura se esforzaban por salir del estancamiento en que se habían sumido después del agotamiento de los estilos figurativos. En la arquitectura, la escuela "construc- tivista" de Tatlin rechazaba las formas ornamentales, abogaba por el "funcionalismo" y trazaba ambiciosos planos de ciudades-jardines y edificios públicos dignos de una sociedad socialista. Estos planes, por desgracia, no tomaban en cuenta las posibilidades materiales; pero contenían, en opinión de Trotsky, elementos racionales y valiosas premoniciones intuitivas:

Todavía no podemos permitimos pensar en la arquitectura, la más monumental de todas las artes. .. La construcción en gran escala todavía debe posponerse. Los autores de estos gigantescos proyectos.. . tienen un respiro para volver a reflexionar. . . Tatlin sin embargo, está incondicionalmente en lo correcto cuando descarta el estilo nacionalmente limitado, la escultura alegórica, las molduras en estuco, los arabescos, la ornamentación superflua, y trata de subordinar todo el diseño al correcto uso constructivo de los materiales... Sí también tiene razón en lo que parece ser su capricho personal, el uso del cubo giratorio, la pirámide y el cilindro de cristal, es algo que todavía tiene que probar.. En el futuro, tales tarcas monumentales como la

planificación de ciudades-jardines, proyectos modelos de viviendas, ferrocarriles y bahías, tocarán en lo vivo no sólo a los arquitectos... sino a la más amplia masa del pueblo. La imperceptible acumulación en forma de hormiguero de barrios y calles, ladrillo por ladrillo, de generación en generación, cederá lugar a la construcción titánica... con mapa y compás en mano- La muralla entre el arte y la industria se vendrá abajo. El gran estilo del futuro tendrá por objeto la creación de forma, no la ornamentación. .. Pero sería erróneo ver esto como la... autoeliminación del arte frente a la tecnología... Es justo esperar la desaparición del abismo entre el arte y la naturaleza, pero esto no sucederá porque el arte retroceda, en el sentido de Rousseau, al hombre en su condición natural, sino porque acercará a la naturaleza a sí mismo, al arte. La actual ubicación de montañas y ríos, campos y praderas, bosques y costas marítimas no deben considerarse de ninguna manera definitivas. El hombre ya ha efectuado algunos cambios nada insignificantes en el mapa de la naturaleza. Pero éstos no son más que ensayos de escolar en comparación con lo que vendrá. Si la fe sólo podía hacer la promesa de mover montañas, la tecnología, que no acepta nada por razones de fe, las derribará y las desplazará realmente. Hasta ahora sólo lo ha hecho para fines industriales y comerciales (minas y túneles). En el futuro lo hará en una escala incomparablemente mayor, de acuerdo con productivos-artísticos abarcadores. El hombre hará un nuevo inventario de montañas y ríos. Enmendará la naturaleza seriamente y más de una vez. A la larga reconstruirá la Tierra a su gusto... y no tenemos razones para temer que su gusto será deficiente. Aquí, por último, Trotsky despliega su visión del hombre en el reino de la libertad, en una moderna versión marxista de

La abominable máscara ha caído, el hombre queda
Sin cetro, libre, ilimitado, pero hombre Igual, sin clase, sin tribu y sin nación.
Exento del asombro, la adoración, el grado, soberano
De sí mismo; justo, afable, sabio; ¿pero el hombre
Sin pasión? No, mas libre de culpa o de dolor.

Había quienes, con Nietzsche, sostenían que una sociedad sin clases, si alguna vez llegaba a existir, sufriría por exceso de solidaridad y que llevaría una pasiva existencia de rebaño en la que el hombre, extinguidos sus instintos de lucha y competencia, degeneraría. Sin embargo, el socialismo, lejos de suprimir el instinto humano de emulación, lo redimiría dirigiéndolo a propósitos más elevados. En una sociedad libre de antagonismos de clase no habría competencia por las ganancias ni lucha por el poder político; y las energías y pasiones del hombre se concentrarían en la emulación creadora en los campos de la tecnología, la ciencia y el arte. Surgirían nuevos "partidos" que rivalizarían en cuanto a las ideas, a la

planificación de las viviendas, las tendencias en la educación, los estilos en el teatro, en la música y en los deportes, en cuanto a los proyectos de canales gigantescos, la fertilización de los desiertos, la regularización del clima, nuevas hipótesis químicas, y así por el estilo. Estas contiendas, "excitantes, dramáticas, apeonadas", abarcarían a la sociedad en su conjunto y no tan sólo a corriffis sacerdotales. "El arte, por consiguiente, no se verá privado de esas variedades de energía nerviosa y estímulos psicológicos colectivos" que producen nuevas ideas e imágenes. La gente se dividirá en "partidos" artísticos rivales según su temperamento y su gusto. La personalidad humana crecerá, se refinará y desarrollará esa cualidad inestimable que le es inherente: "la cualidad de no contentarse nunca con lo que se ha logrado".

Éstas, indudablemente, eran perspectivas remotas. Lo que había por delante, de inmediato, era una época de feroz lucha de clases y guerras civiles de las cuales la humanidad emergería empobrecida y desamparada. A continuación la lucha contra la pobreza y la penuria en todas sus formas duraría décadas, y durante ese tiempo la naciente sociedad socialista se entregaría a una "pasión por lo que hoy son los mejores aspectos del norteamericanismo": la expansión industrial, los récords de productividad y la comodidad material. Pero esta fase también pasaría; y a continuación se abrirían horizontes que la imaginación todavía ni siquiera era capaz de concebir:

Los sueños actuales de algunos entusiastas... de impartir una cualidad teatral y una armonía rítmica a la existencia del hombre, encajan bien y coherentemente con esta perspectiva... La pesada rutina de alimentar y criar niños.. . pasará de la familia individual a la iniciativa social... La mujer emergerá por fin de la semiesclavitud... Las experimentos socio-educativos... evolucionarán con un impulso que ahora es inconcebible. El modo de vida comunista no crecerá ciegamente como los arrecifes de coral en el océano. Será edificado conscientemente.

Será controlado por el pensamiento crítico. Será dirigido y corregido... El hombre aprenderá a desplazar ríos y montañas., a construir palacios del pueblo en las alturas del Mont Blanc y en el fondo del océano; y le impartirá a su existencia no sólo riqueza y color y tensión dramática, sino también un carácter altamente dinámico. No bien empiece a formarse una corteza en la existencia humana, la misma estallará bajo la presión de nuevos... inventos y logros.

Por fin el hombre se dedicará en serio a armonizar su propio ser. Se propondrá impartir mayor precisión, conciencia de propósito, economía y en consecuencia belleza a los movimientos de su propio cuerpo en el trabajo, en la marcha y en el juego. Deseará dominar los procesos semi- conscientes e inconscientes de su organismo: la respiración, la circulación de la sangre, la digestión, la reproducción; y tratará, dentro de los límites inevitables, de subordinarlos al control de la razón y la voluntad... El Homo sapiens, hoy estancado... se tratará a sí mismo como el

objeto de los más complejos métodos de selección artificial y de adiestramiento psicofísico.

Estas perspectivas se desprenden de todo el desarrollo del hombre. Éste empieza por expulsar la oscuridad de la producción y la ideología, por romper, por medio de la tecnología, la bárbara rutina de su trabajo y por derrotar a la religión por medio de la ciencia... Después, por medio de la organización socialista, elimina la espontaneidad ciega y elemental de las relaciones económicas... Por último, en los rincones más profundos y sombríos del inconsciente... acecha la naturaleza del hombre mismo. En ella, claramente, concentrará éste el esfuerzo supremo de su mente y de su iniciativa creadora. La humanidad no habrá dejado de arrastrarse ante Dios, el Zar y el Capital sólo para entregarse dócilmente a oscuras leyes de la herencia y a la selección sexual ciega... El hombre se esforzará por dominar sus propios sentimientos, por elevar sus instintos a la altura de su mente consciente y por hacer claridad en ellos, por canalizar su fuerza de voluntad hasta sus profundidades inconscientes; y en esta forma se elevará él mismo a una nueva eminencia, se desarrollará hasta convertirse en un tipo biológico y social superior: en el superhombre, si os parece.

Es tan difícil decir de antemano cuáles son los límites del dominio de sí mismo que el hombre será capaz de alcanzar, como prever hasta dónde podrá desarrollar su dominio técnico sobre la naturaleza. La constructividad social y la autoeducación psicofisica vendrán a ser los dos aspectos gemelos de un solo proceso. Todas las artes -la literatura, el teatro, la pintura, la escultura, la música, la arquitectura- le impartirán a ese proceso una forma sublime... El hombre se hará incomparablemente más fuerte, más sabio, más sutil; su cuerpo se hará más armonioso, sus movimientos más rítmicos, su voz más musical. Las formas de su existencia adquirirán una dinámica cualidad teatral. El hombre
corriente se elevara a la estatura de Aristóteles, Goethe, Marx. Y sobre esas alturas se alzarán nuevas cumbres.

Es de dudarse que Trotsky supiera que Jefferson había prefigurado de manera similar "el progreso... físico o intelectual, hasta que cada hombre sea potencialmente un atleta en su cuerpo y un Aristóteles en su mente". Trotsky estaba influido más bien por los utopistas franceses, desde Condorcet hasta Saint Simón. Como Condorcet, también encontró en la contemplación del futuro "un asilo en el que no podían acosarlo los pensamientos sobre sus perseguidores, y donde él vivía en su mente con el hombre restaurado en sus derechos y su dignidad y olvidaba al hombre atormentado y corrompido por la codicia, el temor o la envidia". Su visión de la ^ciedad sin clases había estado implícita, por supuesto, en todo el pensamiento marxista, influido como estaba por el socialismo utópico francés. Pero ningún escritor marxista antes o después de Trotsky ha contemplado la gran

perspectiva con ojos tan realistas y con imaginación tan encendida.

Toda la concepción "trotskista" de la cultura y el arte quedó pronto bajo fuego. Ella ofendía al militante partidario semieulto en virtud de su misma amplitud y complejidad. Agraviaba al burócrata a quien le negaba el derecho de controlar y regimentar la vida intelectual. También antagonizaba a las sectas literarias ultrarrevolucionarias cuyas pretensiones se negaba a aceptar. Así se formó en el campo cultural un "frente" anti-trotskista bastante amplio, que fue sostenido, reforzado y finalmente absorbido por el frente político. La lucha contra la influencia de Trotsky como crítico literario se hizo parte del esfuerzo por destruir su atoridad política; y así sus adversarios declararon que sus concepciones sobre el arte eran parte integrante de la herejía trotskista más general. Su ataque se centró en la negación, por parte de Trotsky, de la posibilidad de una cultura proletaria, pues era en este punto donde él desafiaba más provocativamente los intereses creados que se estaban formando; y fue denunciado por exponer una variante del liberalismo burgués. Sólo una parte muy pequeña de la gran masa de argumentos dogmáticos producidos en relación con este asunto conserva algún interés. La mayor parte de dichos argumentos fue virtualmente repudiada por sus propios inspiradores, especialmente por el propio Stalin cuando algún tiempo después rechazó brutalmente todas las pretensiones de los escritores y artistas "proletarios", disolvió sus organizaciones y los persiguió sin piedad. A mediados de la década de los veintes, sin embargo, Stalin halagó toda ambición literaria y cultural, por poco madura que fuera, a fin de "movilizar" en su favor a la intelectualidad y la semiintelectualidad.

De los argumentos esgrimidos contra Trotsky, sin embargo, uno o dos merecen mención aquí. Así, por ejemplo, Lunacharsky criticó a Trotsky apoyándose en que, al reconocer únicamente las grandes culturas feudales y burguesas y la cultura del socialismo que habría de surgir en el futuro, consideraba a la dictadura proletaria como un vacío cultural y veía el presente como un hiato estéril entre un pasado creador y un futuro creador. Ésta fue también la sustancia de una crítica más específica que hizo Bujarin en una conferencia sobre política literaria convocada por el Comité Central en febrero de 1925. Si bien reconocía que Trotsky había defendido su posición en forma sumamente impresionante, que Lenin también había asumido una actitud muy crítica frente a la "cultura proletaria", y que una clase obrera revolucionaria podía ejercer la dirección política pero no la cultural, Bujarin sostenía no obstante que el proletariado alcanzaría con el tiempo la preponderancia cultural y le impartiría su propio carácter a la creación espiritual de la última época de la sociedad clasista. El error de Trotsky, a juicio de Bujarin, consistía en que aquél imaginaba que la dictadura proletaria y la transición al socialismo tendrían una duración tan breve que no permitirían el surgimiento de ninguna cultura de clase proletaria distintiva. No tomaba en cuenta el "ritmo des-

igual" del desarrollo social y político en diferentes países, la probabilidad e incluso la certeza de que esto fragmentaría el proceso de la revolución internacional en muchas fases separadas, prolongando considerablemente la dictadura proletaria y dejando tiempo, en consecuencia, para la formación de una cultura y un arte peculiares de ésta.

En el razonamiento de Bujarin (que formaba parte de su argumentación y la de Stalin en favor del socialismo en un solo país) había cierta verdad. Cuando Trotsky afirmaba: "Somos soldados en marcha. Tenemos un día de descanso. Nuestro actual.. . trabajo cultural no es sino un intento de lograr algún orden entre dos batallas y dos marchas", sugería en verdad una rápida sucesión de las "batallas" principales de la revolución internacional que debía abreviar radicalmente la era de la dictadura proletaría y la transición al socialismo. Esta expectativa estaba presente en todas sus predicciones políticas y también en los acentos con que él había expuesto su concepción de la revolución permanente. aunque no era esencial para la concepción misma. Con todo, el "día de descanso" entre el asalto bolchevique de 1917-20 y la siguiente gran "batalla" de la revolución habría de durar no menos de un cuarto de siglo: y un marxista bien podría preguntarse cuánto habrá de durar el "día de descanso" que ha seguido faja Revolución China. Trotsky indudablemente subestimó la duración de la dictadura proletaria y, en consecuencia, la medida en que esa dictadura habría de adquirir un carácter burocrático.

Sin embargo, su error más que evidente en este respecto no invalida su razonamiento contra la "cultura proletaria". Por el contrario, le da una fuerza todavía mayor. El hecho de que la dictadura y la transición al socialismo duraran mucho más de lo que él previo, no determinó que la era de transición fuera culturalmente más fructífera y más creadora, sino todo lo contrario. El stalinismo no engendró ninguna cultura proletaria. En lugar de ello se empeñó en la "acumulación primitiva cultural" es decir, en una rápida y extensiva difusión de la educación en masa y en la asimilación de la tecnología occidental. El hecho de que esto tuviera lugar dentro de la estructura de las relaciones sociales creadas por la revolución explica el ritmo y la intensidad del proceso y le da su inmensa significación histórica. De todas maneras, el logro consistió casi enteramente en la absorción por parte de la Unión Soviética del legado de la civilización burguesa y preburguesa, no en la creación de una nueva cultura. Aun este logro fue estropeado por el culto stalinista con su despotismo dogmático, su fetichismo, su horror a toda influencia extranjera y su temor a la iniciativa independiente. La "acumulación cultural" fue "primitiva" en más de un sentido: fue acompañada por la supresión o el falseamiento de aquellos valores culturales más refinados y complejos que Trotsky ansiaba preservar y desarrollar bajo una dictadura proletaria. Cuando él afirmó: "Nuestra época no es la época de una nueva cultura: todo lo que podemos hacer es prepararle el camino", resumió

de antemano, sin saberlo, la historia cultural de toda la era de Stalin e incluso de su secuela. Durante toda esa era, la Unión Soviética, con la cabeza y las manos ensangrentadas, sólo pudo acercarse al camino que conduce a una nueva cultura: el camino en que ahora apenas acaba de poner el pie.